

tiva, escribe el embajador de Francia en Inglaterra, estas gentes ni desean la paz ni la guerra, sino que duren nuestros desastres para hacer su negocio,, (1). Enrique IV no hizo caso alguno de las representaciones de sus aliados, pensando, como dicen sus plenipotenciarios, "que Dios le había hecho rey de Francia para mantener á sus súbditos en paz y prosperidad, y no para satisfacer los funestos antojos de aquellos que colocaban su propia dicha en la ruina de los Franceses y en el abatimiento de su corona,, (2).

La reina de Inglaterra increpó vivamente á Enrique IV su deslealtad, por cuanto se había comprometido á no tratar de la paz sin el concurso de sus aliados, y la negociaba sin su anuencia. "La falta de palabra, dice Isabel, la inconsecuencia en la amistad son las más injustas de todas las cosas humanas y las que más comprometen hasta la existencia del mundo. Yo no puedo creer que hayais olvidado los servicios que os he hecho y que seais culpable de ingratitude, ese pecado capital que bien pudiera llamarse pecado contra el Espíritu Santo,, (3). Verdad es que Enrique IV había pedido la alianza; pero si él se veía forzado por la extenuación de la Francia á abandonar á sus aliados, ¿acaso no era la culpa de los Ingleses, que tomaban parte en la guerra sólo para fomentar los males de una nación rival, mucho más que para abatir la casa de Austria? Después de todo, Isabel no tenía derecho á quejarse de Enrique IV, toda vez que, en el momento en que le acusaba por negociar con la España, negociaba ella misma secretamente con el archiduque Alberto, esperando encontrar en el futuro rey de los Países-Bajos un nuevo duque de Borgoña, es decir, un enemigo forzoso de la Francia (4). Y aún hay más: los negociadores franceses tenían el convencimiento de que la reina estaba dispuesta á tratar con la España á expensas de Francia; y si Felipe hubiera querido cederla á Calais, se hubiera entendido con él (5). De esta manera, Isabel, que hacía tan bellas

(1) *Memorias acerca de Isabel y Enrique IV en 1597*, por PREVOST PARADOL (*Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas*, 1856, t. I, p. 306, 323).

(2) Carta de los plenipotenciarios al rey (DUPLESSIS MORVAY, *Memorias*, t. VIII, p. 273).

(3) RAUMER, *Briefs aus Paris*, t. I, p. 413.

(4) Carta de Enrique IV á Jeannin, 1607 (*Negociaciones de JEANNIN*, en PETITOT, serie 1.ª, t. XII, p. 527). "El propósito (de los Ingleses) ha sido siempre el de resucitar la alianza de la Casa de Borgoña contra Francia por medio de la unión con los archiducos."

(5) PREVOST PARADOL, en las *Sesiones de la Academia de cien-*

frases acerca de la fidelidad en los tratados, estaba dispuesta á faltar á la suya á precio de Calais. Nunca se había mostrado la rivalidad nacional de los Ingleses bajo un aspecto tan odioso. Al llegar sus embajadores á Paris, Enrique IV escribía á sus plenipotenciarios: "Yo no dudo que estén muy apesadumbrados de que Calais no se ha rendido y de que harán cuanto puedan por bajo de mano para ponerme obstáculos de uno ú otro modo,, "Ellos quieren á Calais, añade *Villeroy*, ese es el objeto de su ambición, de sus fingimientos y artificios,, "Puesto que la reina entiende que es cosa tan buena, responden los plenipotenciarios franceses, tener á Calais, somos de parecer que le debemos guardar para el rey y para sus hijos,, (1).

La paz de Vervins parece por de pronto un inmenso desastre para España; fué Felipe quien tomó la iniciativa de las negociaciones, y para obtenerla, ofreció renunciar á todas sus conquistas, y hasta desmembró la monarquía al ceder los Países-Bajos á su hija la infanta Isabel. ¿No era eso abdicar sus pretensiones á la monarquía universal? Verdad es que Felipe II cedía sin haber sido vencido; pero al fin cedía y reconocía en Enrique IV al rey de Francia, después de haber amenazado al papa con una guerra implacable si le otorgaba la absolución.

Pero si el rey de España retrocedía, igual partido tomaba Enrique IV; era él el que había declarado la guerra, y se veía obligado á firmar la paz después de una lucha de algunos años nada favorable para él; había declarado á la faz del mundo que quería abatir el poderío amenazador de la Casa de Austria, y tenía que confesar que no tenía fuerzas para sostener la lucha. Los dos rivales se sometieron ante la misma necesidad. En Vervins declararon los plenipotenciarios franceses que la Francia se hallaba empobrecida como nunca lo había estado (2). Y la España no estaba menos extenuada que la Francia: el dueño del Perú acababa de hacer bancarota y sucumbía bajo el peso de guerras y de empresas superiores á sus fuerzas.

Tal fué el resultado de la primera lucha entre Francia y la Casa de Austria. Pero, más bien que una paz, fué una tregua la pactada en Vervins; y

cias morales y políticas, 1855, t. III, p. 427; 1856, t. I, p. 151 y siguientes.

(1) *Memorias de SILLERY y de BELLÉVRE*, t. I, p. 108, 261.—*Memorias de DUPLESSIS*, t. VIII, p. 482.

(2) *Memorias de BELLÉVRE y de SILLERY*, t. I, p. 154.

las treguas no suspenden más que las hostilidades públicas. En 1607, Enrique IV tuvo ya explicaciones muy vivas con España. Un secretario de embajada, sorprendido en flagrante delito de conspiración, fué arrestado; el embajador español le reclamó, quejándose de que hubiesen sido desconocidos los fueros que el derecho de gentes otorgaba á los representantes de los reyes. Enrique IV respondió "que, si los embajadores eran personas sagradas, también estaban obligados á no violar el derecho de gentes, lo cual hacían cuando trataban de corromper á los súbditos del príncipe cerca del cual estaban acreditados, y cuando, so color de paz y de amistad, maquinaban contra su persona y su Estado; que el rey de España, después del tratado de Vervins, se ocupaba de sobornar á sus súbditos para que se sublevaran contra su gobierno, siendo sus enviados los principales instigadores de aquellas conspiraciones,, (1). Otro tanto hacía Enrique IV: no viendo seguridad alguna en la amistad de España, mantenía en los Países-Bajos el fuego de la insurrección contra el poder español (2). En 1597 envió un embajador á Isabel; y en las instrucciones que le dió se lee "que deseaba amenguar el poder de España, porque no aceptaba la paz sino para tomar aliento y lograr mejor su constante objeto, que era el de triunfar de todo el mundo,, Enrique IV no perdió nunca de vista lo que él llamaba su *gran proyecto*, el abatir á la Casa de Austria. La lucha no estaba más que aplazada; volverá á renacer para llenar la primera mitad del siglo XV.

§ IV.—La política de los papas durante la segunda mitad del siglo XVI.

Felipe II era el campeón del catolicismo, y combatía la herejía en Francia, en Inglaterra y en los Países-Bajos. Pero la Iglesia tenía otro jefe que reclamaba un derecho divino sobre la cristiandad entera; y puesto que la lucha estaba empeñada entre la religión del pasado y la Reforma, los papas debían tomar parte en aquella, y hasta debían ponerse á la cabeza de una cruzada contra

(1) Conferencia entre el rey Enrique IV y el embajador de España (*Memorias del duque de Nevers*, t. II, p. 858.)

(2) PREVOST PARADOL, *Memoria acerca de Isabel y Enrique IV*. (*Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas*, t. XXXIV, página 118.)

los protestantes. Pero en vano trató el papado de unir á los príncipes católicos con aquel objeto; los príncipes sólo escuchaban su interés político. Si Felipe II estaba siempre armado en defensa de la fe, es porque su ambición se confundía con la del catolicismo: se empeñaba en que no hubiera más que una sola fe, para que no hubiera más que un solo rey, el rey católico. Los papas tenían que ser los aliados necesarios de Felipe II. Esa concordia, sin embargo de estar indicada por la naturaleza de las cosas, no fué tan íntima como pudiera creerse. Al principio del reinado de Felipe, un papa, animado de ardiente odio contra el nombre español, trató de arrojar de Italia aquella maldecida raza; y al fin del siglo XVI, otro papa rompió la alianza para hacerla con un príncipe contra el cual había lanzado la santa sede todos sus rayos. De forma que la alianza con Felipe, realmente no existió más que bajo el pontificado de algunos papas que pudieran llamarse papas de la reacción católica. Una fuerte pasión los inflamaba: querían restablecer la dominación de la Iglesia; y esa gran ambición hizo callar la voz de los pequeños intereses italianos, y dió verdadera grandeza á muchos pontífices. Pero el entusiasmo de la fe no fué de larga duración; aún podría dudarse de que fuera tan grande como se ha imaginado, puesto que el nepotismo no perdió nunca su imperio, y aún puede decirse que fué en aumento hasta el siglo XVII. Aquel miserable régimen consumió la decadencia del papado.

Se ha exagerado excesivamente la reacción católica; aún en medio de la lucha entre el catolicismo y la Reforma, los papas verdaderamente celosos por la causa de la fe fueron una excepción. Ya hemos visto que Paulo III se arrepentía de haber sostenido á Carlos V contra los protestantes de Alemania y casi sentía la victoria del emperador sobre los herejes. Hemos visto también á Paulo IV lanzado á una guerra apasionada contra el rey católico. Después de haber sucumbido los papas hostiles á España, la santa sede sufrió más bien que aceptó la protección del poderoso rey. Vinieron después los insignificantes pontificados de Julio III y Pío IV, que se doblegaron á la fuerza. De modo que hay que llegar hasta Pío V para encontrar un papa entusiasta hasta el fanatismo. La Iglesia le celebra como uno de sus santos, y hace muy bien bajo su punto de vista; pero el santo católico no es,

á los ojos de la historia imparcial, más que un espíritu estrecho, cegado por una fe no menos estrecha; entregóse todo entero á la lucha contra el protestantismo; y creyéndose el defensor de la causa de Dios, no retrocedió ante obstáculo alguno. llevó la guerra civil á Francia y se opuso á toda idea de paz entre las dos confesiones; hubiera querido un combate á muerte, como el que existe entre el reino de las tinieblas y el reino de la luz. En los Países-Bajos elogia las proezas de un general muy parecido á un verdugo, y envía una espada bendecida al duque de Alba. En Inglaterra fué cómplice de las conspiraciones contra el trono y la vida de Isabel, viéndose sus mismos admiradores obligados á confesar su complicidad con Norfolk y á no poder negar que un papa canonizado ha excitado á los súbditos de la reina de Inglaterra á conspirar contra su gobierno, toda vez que existe la bula en la cual el vicario de Dios elogia los proyectos de los conjurados y les da su bendición en el Señor, exhortándoles, siempre en nombre del Señor, "á perseverar en su resolución y prometiéndoles que el Dios Todopoderoso les asistirá con su auxilio" (1). Pero los escritores católicos, en su amor á la verdad, se han guardado bien de decir cuál era el designio de los conjurados, sin embargo de que sabían por documentos auténticos que San Pío excitó al rey de España á entrar en un complot cuyo objeto era asesinar á la reina Isabel (2). Comprendemos bien que la guerra contra un príncipe hereje sea una obra santa: lo que no comprendemos es que el asesinato de una reina protestante sea un medio de llegar á la beatificación.

Un asesinato monstruoso se cometió en París por la causa de Dios; en vano trata la Iglesia de rechazar toda solidaridad con los ejecutores de la Saint-Barthélemy; pasiones católicas fueron las que armaron el brazo de los asesinos, y la hecatombe fué celebrada en Roma como una victoria del catolicismo sobre la herejía. No hay crimen que la Iglesia no haya disculpado ó legitimado cuando se trata de su interés. En Francia se formó una liga formidable contra los hugonotes y contra el rey que se negaba á exterminarles; los miembros de esa liga, en plena rebelión contra su príncipe, diputaron á Roma al jesuita Mathieu para obtener

(1) DE FALLoux, *Hist. de S. Pio V*, t. I, p. 321-324.
(2) Véase la parte novena de mis *Estudios*.

la aprobación de la santa sede; y el papa, considerando "que la primera y principal intención de aquéllos era tomar las armas contra los herejes, aprobó que así se hiciera y quitó los escrúpulos de conciencia que pudieran despertarse con tal motivo, bien persuadido de que el rey lo tendría por bien hecho; y aunque así no fuera, pudieran los de la liga ir adelante en sus designios" (1). De esta manera, la rebelión contra un rey católico estaba justificada con la única razón de que éste no se mostraba bastante perseguidor. En medio de eso debía saberse en Roma que entre los jefes de la liga había quienes alimentaban la culpable ambición de destronar á su rey legítimo; y la corte de Roma era cómplice, porque desde el año 1580 se había querido y propuesto por un cardenal elevar al trono de Francia á uno de los Guisas (2): ¡no ofreciendo bastante garantía al catolicismo aquel mismo príncipe que había autorizado la Saint-Barthélemy! Pero Enrique III estaba en la fuerza de la edad, y era necesario desembarazarse de él por medio de un crimen; y la liga se atrevió á hacer al papa la proposición; ¡y se deliberó en Roma sobre un proyecto de asesinato! Oigamos la respuesta que el Santo Padre dió al jesuita Mathieu: "El papa no considera bueno que se atente á la vida del rey, porque eso no se puede hacer en buena conciencia. Pero si se le pudiese ganar dándole gentes que le enfrenasen, eso sería bueno, porque bajo su autoridad se harían dueños del reino y se dispondrían cosas buenas" (3).

Sixto V, como príncipe, no era de opinión que se protegiese la guerra civil, y preguntó al embajador de la liga en qué escuela había aprendido que se pudieran formar partidos contra la voluntad de su rey legítimo (4). Pero las pasiones religiosas acabaron por arrastrarle, y llegó á comparar al duque de Guisa con los Macabeos, que combatieron en defensa de su patria, del templo y de la ley (5). Después del asesinato del duque de Guisa, Sixto V lanzó anatemas contra Enrique III; y cuando éste murió á manos de un fraile, el Santo Padre admiró la acción de la Providencia, viendo en ello

(1) CAPEFIGUE, *Hist. de la Reforma*, t. IV, p. 190.
(2) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 149, nota.
(3) *Memorias del duque de NEVERS*, t. I, p. 654.
(4) CAPEFIGUE, *Hist. de la Reforma*, t. IV, p. 203.
(5) DE THOU, *Hist. universal*, lib. XCI.

que Dios protegía á la Francia (1). ¡De modo que en el pensamiento del papa, Dios era cómplice de un asesinato! La muerte de Enrique III dió el trono á Enrique IV; pero éste era hugonote, y Sixto V se pronunció contra él: "Poco importa, dice, que la corona pase de una familia á otra; lo que importa es que no reine nunca un rey hereje en Francia" (2). El papa contaba con el concurso de todos los Estados católicos para dar fuerza á la excomunión que lanzó contra Enrique IV; pero hé aquí que en la misma Italia, la república de Venecia se apresura á reconocer al rey hugonote. Emplea el nuncio todos sus esfuerzos en apartar al senado de aquella revolución; Sixto V llega hasta amenazar á los Venecianos con el anatema; pero el senado responde que reconocía á Enrique IV, porque Francia se había declarado á su favor; que no tenía que inquietarse por la religión del rey, lo cual era asunto del papa; y que si el Santo Padre adoptaba desatentadamente alguna resolución violenta contra la república, ésta se reiría de sus censuras (3). Sixto V cedió; era un hombre político, aun cuando le agradaba alimentarse con proyectos quiméricos, y comprendió lo que le dijo el embajador de Venecia: que si Felipe II triunfaba en Francia, desaparecería la independencia de los Estados italianos. El papa estaba dispuesto á entrar en relaciones con Enrique IV, cuando éste sucumbió, con júbilo inmenso de los celosos católicos.

Había un partido más católico que el papa, que no quería oír hablar de ninguna transacción; Felipe II, por ambición, se puso á la cabeza de esos intransigentes y sostuvo que Enrique IV, declarado indigno del trono por la santa sede, no podía reinar, aun cuando se convirtiese, y llegó á amenazar á Sixto V con apartarse de la obediencia á la santa sede si ésta llegaba á concertarse con Enrique IV, no pudiendo sufrir, decía, que se hiciese traición á la causa de Dios (4). Felipe encontró un papa á su gusto en Gregorio XIV. Este papa no vaciló un instante en ponerse á la cabeza de la liga, y declaró que por inspiración divina se había decidido á ir en su apoyo; le envió dinero y soldados,

(1) «El papa nel consistorio discorre, che'l successo della morte del re di Francia se ha da conoscer del voler expreso del signor Dio. e ché per cio si doveva confidar che continuarebbe al haver que'l regno nella sua protettione» (DISPACCIO VENE-RO, en RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 171, nota).
(2) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 173, nota.
(3) DE THOU, *Hist. universal*, lib. XCVII.
(4) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 209, nota.

é impuso como un deber á todos los católicos abandonar el partido de Enrique de Borbon (1). La rebelión venía decididamente á ser la causa de Dios; muchos partidarios del rey de Francia vacilaron ante la autoridad del vicario de Jesucristo, y ellos fueron los que impulsaron á convertirse á Enrique IV. El jefe de los hugonotes creyó "que una corona bien valía una misa"; y súbitamente iluminado por la gracia divina entró en el seno de la Iglesia.

La conversión de Enrique IV hizo variar la política de la santa sede. Durante el furor de la reacción católica en Francia, el papa había tenido que aliarse con el rey de España, porque era su único apoyo. La causa del catolicismo y la de Felipe II estaban tan íntimamente unidas, que era difícil saber si Felipe era el instrumento de Roma ó Roma el instrumento de Felipe. Mientras que la dominación española pesaba sobre los Italianos, la república de Venecia, por odio á aquel yugo que amagaba á toda la cristiandad, se había apresurado á reconocer á Enrique IV, aun cuando hugonote. Cuando el rey de Francia consintió en pedir la absolución, fué grande la alegría en Roma. El más docto de los cardenales, *Baronio*, dijo á *du Perron* embajador de Enrique IV, que la historia le había enseñado que la santa sede había recibido siempre apoyo de los reyes cristianísimos, mientras que reconocía, por la experiencia del tiempo presente, que los Españoles tenían la ambición de coartar la libertad del papa (2). El embajador de Venecia escribió, en 1595, que los más moderados entre los cardenales, es decir, los que no estaban subvencionados por Felipe II, temían que la España dominara completamente, así en lo espiritual como en lo temporal, que se vanagloriaba ya de disponer á su antojo las elecciones, y que sin el apoyo de Francia era expuesto que los Españoles se hiciesen los dueños absolutos de Roma (3).

Clemente VIII abundaba en esos mismos sentimientos; no quería que los papas llegasen á ser los capellanes del rey de España. Para romper las cadenas de la santa sede no había más que un medio, una alianza con Enrique IV; y si Clemente vaciló tanto tiempo, fué porque de una parte temía

(1) PALMA CAYET, *Cronologia novenaria* (PETITOT, t. XLVII página 62).
(2) DU PERRON, *Embajadas*, p. 275.
(3) PAOLO PERUTI, *Relazione*, en ALBERI, II, 4, p. 382.

el poder de Felipe II, y desconfiaba, por otra parte, de la conversión del rey de Francia, teniendo, como tenía, necesidad de sostener el prestigio de la autoridad pontificia. Las victorias de Enrique y el temor de un cisma en Francia le decidieron á ello; pero hay que añadir que los intereses temporales tuvieron tanta parte como los intereses religiosos. Clemente VIII no era un pontífice á la manera de Pío V ó de Gregorio XII: tenía su ambición de príncipe italiano, y Enrique VI la lisonjeó ofreciéndole su apoyo para la conquista de Ferrara. La política no dominaba precisamente la religión en el ánimo de Clemente; pero escuchaba con gusto y daba satisfacción á sus exigencias. Á su advenimiento al trono, Enrique IV era aliado de todos los Estados protestantes; después de su conversión, el papa le propuso renunciar la alianza con la Inglaterra y con los Países-Bajos y entrar en una liga católica contra Isabel. No fué difícil al cardenal d'Ossat hacerle comprender lo que había de imposible en tales proyectos: "Enrique IV, le dijo, ha repudiado los errores de los protestantes, pero no puede variar la naturaleza de las cosas; el reino de Francia no se ha apartado, por la conversión de Enrique, de la Inglaterra, de la Holanda y de otros países; por eso los tratados, los asuntos y la necesidad mutua que los príncipes vecinos tienen unos de otros, en cuanto á lo temporal, en nada han variado, de forma que el rey pueda hacerles la guerra y servir al rey de España contra ellos. Hay más: la alianza de Enrique IV con los protestantes es un bien para la cristiandad y para el mismo papa, puesto que, arruinada la corona de Francia, al rey de España le sería fácil triunfar de los demás príncipes, y subyugándolos á todos, incluso la santa sede, realizar la monarquía á que aspira hace tanto tiempo," (1). Hé ahí el lenguaje que un cardenal tenía con el papa á fines del siglo XVI; era la política invadiendo la religión. Los papas habían querido someter por la fuerza á los protestantes; y comprendiendo que la fuerza se volvía contra ellos, poniéndolos á merced del vencedor, preferían, aunque sin atreverse á confesarlo, una cristiandad dividida por el cisma á la unidad católica en manos de un protector de la santa sede, que hubiera llegado á ser el amo. Ese fué el fin de la unidad de la Edad Media.

(1) D'OSSAT, *Cartas*, t. I, p. 61 y 294.

§ V.—La ambición de España y sus resultados.

I.

Un Italiano, hombre de genio, que se consumió durante veintiseis años en una cárcel española, escribió un libro en el cual reclamaba la monarquía universal á favor de España (1). Habiéndolo dedicado al rey de España, hay que creer que el autor expresaba los deseos de la ambición española; y, en efecto, la obra de Campanella es la teoría de los hechos que acabamos de referir; es una mezcla de catolicismo y de política, así como la *Monarquía de España*, cuyo título lleva el libro. Más arriba hemos dicho que Campanella no reconocía más que un solo verdadero jefe de la cristiandad; y esa teoría la sostiene en su libro: "Entre los cristianos, dice, no puede haber más monarquía que la del papa," (2). La doctrina del fraile italiano está sacada de las entrañas del catolicismo. Llamándose católicos los reyes de España, debían reverenciar á los papas como vicarios de Aquel que fué á un tiempo rey y sacerdote. ¿Cuál es en aquel orden de ideas el papel de un monarca universal? "Para ser rey del mundo, responde Campanella, hay que fundar una religión nueva, como Mahoma, ó aceptar la religión católica y hacerse su defensor, como Carlo-Magno. Este es el papel de los reyes de España, los cuales serán reyes católicos por excelencia, es decir, reyes universales, á condición de ser los defensores de la santa sede, los campeones de la Iglesia contra los herejes y los infieles," (3). Tal es, en efecto, la misión histórica de la raza española, que ha pasado su vida combatiendo infieles. Hé ahí por qué el soberano pontífice ha dado á sus reyes el título de católicos, efecto de una inspiración divina que marca maravillosamente la misión de la España y la grandeza á que la llaman sus destinos (4). Como se ve, la teoría del soñador solitario no es más que la expresión del cristianismo tradicional; la unidad católica en la Edad Media descansaba en esas mismas ideas y giraba sobre las

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica* (Amsterdam, 1641).

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5, p. 28.

(3) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5, p. 29, 32, 34.

(4) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 2 y 5: «Declaratio tituli *catholici*, sive *universalis* demonstrat Spiritum sanctum per ecclesiasticos loquentem idem voluisse.»

dos ruedas, el papa y el emperador. Campanella no hace más que reemplazar el emperador con el rey de España. Y tal fué en realidad la revolución que produjo la Reforma en el orden político. El imperio de Alemania no era ya santo y romano más que en el nombre, desde el día en que el emperador fué elegido por príncipes herejes. Si Felipe II no heredó el nombre de emperador, heredó la esencia de la dignidad imperial; y puesto que era el defensor de la Iglesia, á él correspondía en tal concepto el gobierno temporal de la cristiandad. Entre tanto, el rey de España tenía contra sí, no solamente un emperador, sino muchos reyes que no se avenían á reconocer su pretendida superioridad sobre el mundo cristiano. Quedando reducida la monarquía universal á una pretensión, ¿cómo llegaría á realizarse?

Campanella estaba profundamente convencido del poder de la religión, la cual posee las almas, dice, aun cuando sea falsa (1). Hé ahí por qué todos aquellos que han fundado grandes imperios se han servido de la religión como de un instrumento (2). Otro tanto hará el rey de España. De aquí se ve que el catolicismo de Campanella era grandemente político, en lo cual es también el verdadero representante de Carlos V y de su Casa. El rey de España, dice Campanella, velará porque los papas sean españoles; y la razón que alega es característica: "Después que la pitonisa de Delfos fué ganada por el rey de Macedonia y filipizó, le fué fácil á Filipo apoderarse de toda la Grecia," (3). El rey de España obtendrá fácilmente la corona imperial con el apoyo del papa. El fraile dominico se hacía ilusión en cuanto á la facilidad de la empresa. Se reemplazarán, dice, los electores protestantes con príncipes católicos. Pero ¿cómo esperar éxito sobre un punto en que había fracasado Carlos V? El papa habría debido disponer de todas las fuerzas del mundo católico (4). ¡Ya! Pero los príncipes católicos se cuidaban de todo menos de combatir por el engrandecimiento de España. Las pretensiones á la monarquía universal eran una especie de círculo vicioso; para llegar á ser jefe de la

cristiandad se necesitaba tener ya en su mano la cristiandad.

Campanella no veía imposibilidad en que España se apoderara de Francia y de Inglaterra. Ya tuvo Carlos V á su disposición el reino de Francia, dice el dominico, puesto que tuvo á Francisco I en su poder: ¿por qué no se aprovechó de la ocasión para invadir sus Estados? Campanella le hace cargos por su intempestiva clemencia, mientras que la historia le acusa de haber empleado demasiada aspereza en los medios de saciar su ambición (1). La ocasión podría volverse á presentar en el caso que Enrique IV muriese sin descendientes. Y si se frustrasen todos los proyectos de conquista, el rey de España debería, por lo menos, dividir á la Francia para debilitarla. Campanella confiesa que Inglaterra es un gran obstáculo para la monarquía universal, y teme más su poder marítimo que á las fuerzas militares de Francia: si el rey de España, dice, pudiera subyugar á Inglaterra, llegaría á ser dueño del mundo (2). Y acordándose del desastre de la armada *invencible*, el fraile no aconseja emplear la fuerza, sino alimentar la discordia entre los Ingleses, sublevar á los católicos contra el gobierno y armar á la Irlanda (3). Campanella da tanta importancia á la conquista de los Países-Bajos como á la de Inglaterra: dueño de las provincias belgas, el rey de España lo será fácilmente de Francia y de Inglaterra; no sin razón gastó Felipe II tanta sangre y dinero para extirpar allí la herejía, pero empleó malos medios para dominar la rebelión. Campanella pretendía conocer otros mejores que se reservaba manifestar al rey solamente; los que hizo públicos no merecen ser mencionados por su singularidad: sembrar la división. Y después invadir las provincias debilitadas, es un medio vanal y gastado; pero el fraile dominico tiene otro más original, el de aprovecharse de la predilección que mostraban las mujeres belgas, según él, por los hombres enjutos y ardientes del Mediodía (4). Campanella dirigía sus miradas sobre el mundo entero desde el fondo de su estrecha prisión. Á fines del siglo XVI era Polonia el reino más poderoso del

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5: «Omnis religio tam falsa quam vera vincit, ubi semel insedit hominum animos.»

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5.

(3) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 6, p. 36.

(4) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 5, página 34 y siguientes.

(1) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 16, p. 107; c. 24, página 191.

(2) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 24, p. 198.

(3) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 25.

(4) CAMPANELLA, *de Monarchia hispanica*, c. 27, p. 213, 228, 229, 239.